

20 DE JUNIO DE 2005



I. Gabriel



Lo primero que pensé al subir a la azotea fue que todo estaba demasiado oscuro para ser las ocho de la mañana. El horizonte estaba cubierto de arañazos violáceos y de destellos de un azul tan opaco que parecía negro. No había estrellas ni luna ni sol. Solo colores tristes fundiéndose a una altura infinita.

Di un paso adelante mientras una brisa tibia me lamía la cara, el cuello, los brazos. Apoyé las manos en el murete que delimitaba la azotea: temblaban. Me puse ligeramente de puntillas para asomarme y mirar hacia abajo. Habría al menos veinticinco metros hasta el suelo. Un salto sin alas. Sin vuelta atrás. Recordé que para los astronautas seguir sintiendo en el espacio era muy complicado: sin gravedad, la presión sanguínea necesitaba un esfuerzo sobrehumano para mantener los corazones vivos. Pero yo no era astronauta. Aunque mi mundo fuera blanco y sin ruido.

El amanecer aún era una débil sombra cuando me encaramé al muro. Me raspé la palma de las manos con la rugosidad del hormigón, mis rodillas protestaron, hasta que pude incorporarme y solo mis pies quedaron en contacto con su solidez. Todo se veía igual, aunque más pequeño. Los árboles que rodeaban el hospital me saludaron, indiferentes. Sus ramas parecían las alas de un gorrión, proyectando ríos negros sobre el edificio que había enfrente. Veía sus copas desde muy arriba, y eso me hizo

sentir culpable. Los árboles de ese hospital siempre me habían parecido algo solitarios, tristes. Los había considerado mis amigos durante todos esos meses de visitas. Me habían visto leer, llorar, me había dormido a su sombra. El sonido que hacían sus hojas al rozarse entre sí me había calmado más que cualquier canción. Tenían melodía y vida propia. Me dolía pensar que, si me iba, nadie volvería a escucharlos, a prestarles la atención que se merecían.

Pero ningún momento duraba para siempre.

Me sudaban las manos cuando torcí la cabeza para dejar de mirarlos. Sin quererlo, mis ojos volvieron a posarse en el suelo. Era una tontería, pero me parecía que, si daba un paso al frente, las suelas de mis deportivas pisarían con firmeza sobre los adoquines, como si no hubiera un abismo que nos separara. Como si no estuviera en la azotea del hospital en el que mi madre acababa de exhalar su último suspiro y pudiera seguir perteneciendo al mundo y ver amanecer una vez más. El sudor se mezcló con el salado aliento de mis lágrimas y yo no hice nada, porque era incapaz de moverme. De avanzar, de retroceder. El viento me golpeó con más violencia y temí que fuera él quien finalmente decidiera por mí.

«La gravedad es la fuerza que permite que dos cuerpos se atraigan entre sí», pensé, parpadeando con rabia. Sentí mis manos jugar con la misma fuerza que permitía el viaje de las nubes en el cielo, el vuelo de los pájaros, la caída de las gotas de lluvia sobre la ventana de mi habitación. Me fijé con más detalle en la calle vacía, en las farolas que comenzaban a apagarse, en los coches mal aparcados. Si yo estaba allí, si mis células pertenecían al mismo conjunto de vida que todas las demás cosas, debía sentirme atraído por la fuerza de la gravedad. ¿Y si aquello que gritaba en mi pecho tenía otra respuesta?, ¿y si el suelo me llamaba porque éramos dos elementos destinados a encontrar-

se en ese preciso instante y no en otro? Nunca había creído en el destino, pero daba igual. Cualquier explicación es válida cuando buscas una excusa para autodestruirte.

Cerré los ojos, tomé una gran bocanada de aire. Puse los brazos en cruz, como si intentara volar, y dejé caer la cabeza hacia atrás. El viento besó mis pestañas y revolvió mi pelo. Era como si me acariciara. Pensé en lo sencillo que era sentirse libre cuando estabas cerca de no volver a sentir. Sabía que era una contradicción, pero qué no lo era. Nada escapaba del bucle, de los días cíclicos, del vacío que te golpeaba el estómago y el pecho y la cabeza cuando el mundo se volvía irreal tras una pérdida. ¿Pérdida? No, no era solo el hecho de que mi madre acabara de morir. Eso podría aprender a sobrellevarlo algún día, quizás. El problema era lo que desencadenaba esa pérdida. Los pequeños cambios que terminaban convirtiéndose en ayer. Y el ayer era irrecuperable.

¿Cuánto tiempo tardaría en tocar el suelo? Pesaba cincuenta y cinco kilos. Si me rigiera por las leyes gravitacionales de Plutón, pesaría cuatro kilos y medio. Poco más que una silla de plástico. Quizás me daría tiempo a mirar una última vez al cielo mientras caía. Quizás incluso llegara a flotar un poco. En Júpiter, pesaría ciento treinta kilos. Si saltara, en un simple parpadeo terminaría todo. Mis huesos golpearían el suelo con rabia, con firmeza, y yo apenas me enteraría. Marte, el planeta que los humanos aspiraban a colonizar y a destruir, dejaría que mi cuerpo a medio formar pesara tan solo veinte kilos. Su fuerza gravitatoria es un 38 % la de nuestro planeta. Pero estaba en la Tierra, y si me lanzaba al vacío, mi cuerpo alcanzaría una velocidad de 9,8 metros por segundo en caída libre. Despreciando otro tipo de fuerzas, como la aceleración, el viento y la altura exacta del edificio, calculaba que tardaría unos tres segundos en tocar el suelo. ¿Qué me daba tiempo a hacer en tres segundos? Se tardaba más tiempo en fabricar una lágrima, amagar una sonrisa o peinarse el

pelo hacia atrás. Al cerebro no le daba tiempo a procesar cosas complejas en tres segundos. No podría hacer nada. Nada. No me daría tiempo a arrepentirme, ni a alegrarme. La contradicción que escondía aquel salto me atraía y me hacía repudiarlo a la vez.

Yo no quería morir. Quería borrar-me, quedarme en blanco. Era distinto.

El cielo empezaba a abrirse. Sobre mí despertaban relámpagos índigos salpicados de luz anaranjada. Amanecía en serio. Se oía el vuelo de una bandada de pájaros, la alarma de un coche en la distancia, alguien abriendo una ventana. Volví a pegar los brazos al cuerpo, miré hacia adelante.

Y entonces la vi.

Sobre la azotea del edificio de enfrente, había una chica. Estaba apoyada contra el murete y fumaba. Tenía el pelo liso, del color de los troncos de los árboles que nos separaban. Llevaba una sudadera oscura; el viento hacía oscilar la capucha junto a algunos mechones enredados de su cabello. Me recordaba a las ramas de un sauce llorón. Aunque no alcanzaba a ver su rostro con detalle, supe que me estaba mirando. Que me había visto.

«Mierda», pensé, mientras la veía apoyar ambas manos sobre el murete e inclinarse. ¿Cuántas persianas se levantarían de golpe si empezara a pedir ayuda a gritos, si creyera que con eso podía salvarme la vida? Reprimí un escalofrío. «Por favor, no grites», quise decirle. «No sé qué hago aquí, pero no quiero saltar». Era cierto: no quería saltar. Yo, la azotea, el vacío; estar allí formaba parte de mi proceso de aceptación de lo que había ocurrido más abajo, donde el mundo seguía manteniendo su peso y su caída. Pero, claro, eso ella no podía saberlo. Fueron unos agónicos minutos de silencio en los que nos observamos mientras los sonidos de la mañana llenaban el vecindario. La chica se había

olvidado de que tenía un cigarro en la mano: la ceniza caía sobre la calle como una lluvia de pétalos marchitos.

De pronto, lo arrojó a un lado y se agachó, desapareciendo de mi vista. Me limpié el sudor de la frente, inquieto. ¿Qué hacía? Intenté ponerme de puntillas para ver si lograba vislumbrar algo por encima de aquel pequeño muro, pero nada. Quizás la había asustado. Quizás había malinterpretado mi gesto —¿qué otra cosa podía deducir si me veía así?— y había gateado hasta la puerta de la azotea para no tener nada que ver conmigo, para olvidar que ambos habíamos estado allí. Lo entendía. El suicidio era la tercera causa de muerte entre los quince y los diecinueve años. Yo tenía quince, así que entraba en ese grupo de riesgo. Aunque ella, otra vez, no podía saber eso. Como tampoco podía saber que yo no buscaba acabar con mi vida. Pero la lógica funcionaba así.

Cuando me estaba preguntando qué demonios hacer a continuación, la chica apareció de nuevo dando un saltito. Demasiado sorprendido como para parpadear siquiera, vi cómo alzaba con ambas manos un trozo de cartón, con una única palabra escrita en mayúsculas:

«NO».

Quise gritarle que no pretendía saltar al vacío. Quise que entendiera que solo quería olvidar, sentirme un ser alado sostenido por el amanecer. Pero no me salía la voz. Notaba las palabras atravesadas en la garganta, me ardían. La chica comenzó a bajar el cartón y yo asumí su mensaje como un ancla, como una señal luminosa en un bosque de noche, así que me di la vuelta y bajé del muro de un salto. Mis pies impactaron en el suelo terroso y un pequeño dolor ascendió por mis piernas flexionadas, crispando los músculos de mi mandíbula. El mundo cobró forma a mi alrededor y fui consciente de su respiración, de su latido acelerado y prosaico. Y de que la había perdido de vista.

«NO».

Me giré y busqué con la mirada a la chica de la azotea de enfrente, con su preocupación plasmada en un trozo de cartón, dispuesto a decirle lo que no había sido capaz de expresar antes. Quería darle las gracias, aunque no supiera muy bien por qué.

Pero ya no estaba. Había desaparecido.

En su lugar solo quedaba una pregunta que, ahora y siempre, compartiríamos.

2. Sam



Para ser lunes, papá estaba demasiado callado. Lo que, por norma general, era un mal presagio.

A esas horas, lo suyo sería que estuviera dándome la chapa sobre la importancia de centrarme en mis estudios, que muy pronto se me consideraría una adulta y que, sin embargo, no dejaba de comportarme como una adolescente sin padres de serie americana; eso y mil tonterías más que yo me esforzaba por ignorar mientras mordía mi tostada. «Llaves, Samantha, es importante tener una llave para cada puerta. El futuro se esconde tras una puerta pesada; la cerradura puede estar algo oxidada para algunos y a veces abre raro, porque nadie te explica cómo se hace, tienes que experimentarlo tú, pero hay que probar, no rendirse a la primera de cambio. Muy importante no rendirse, Samantha. Muy importante». No dejaba de hablar aunque yo no mostrara interés en su perorata, con la mirada puesta en el periódico y sujetando su taza de café, como si alguien fuera a aparecer de repente para robársela.

Hoy también leía el periódico, pero en silencio. Entornaba los ojos como cuando se enfadaba porque necesitaba gafas. La espuma del café manchaba su ridículo bigote. Mamá estaba sentada enfrente, removiendo su té con una cucharilla sujetada entre dos dedos ligeramente azules. Los guantes del hospital desteñían, y llegaba tan cansada a casa por las mañanas que muchas veces se le olvidaba lavarse las manos o quitarse la placa que la identificaba como «M.^a Rosario Nieto, enfermera». No entendía

esa manía suya de desayunar antes de irse a dormir. Se lo dije una vez, y ella me respondió que lo hacía para que pudiéramos pasar más tiempo en familia. Su concepto de familia debía de ser distinto al mío. Las familias hablaban, se contaban sus cosas. Compartían anécdotas, bromas privadas, se daban besos, abrazos, conocían la manera de reír del otro. Las únicas risas que oían nuestros vecinos eran las de la televisión: nosotros discutíamos o guardábamos silencio cuando estábamos juntos. Nos movíamos en esos extremos. Y, aunque agradecía no tener que fingir que me importaba, el silencio me hacía querer explotar. Las discusiones tenían un principio y un final; me manejaba bien en ellas porque era fácil manipularlas, darles la vuelta a los argumentos que me hacían sentir herida y reflejar ese daño hacia fuera, y que se salvara quien pudiera. El vacío que dejaba el silencio en mí era incontrolable, frío.

Y me ponía de los nervios.

—¿Qué tal el turno de noche? —Papá levantó la mirada del periódico, como si acabara de recordar que mamá estaba allí.

—Fatal —respondió ella, poniendo una mueca contrariada al darle un sorbo a su té: estaría demasiado caliente. O demasiado frío—. Es la última vez que le cambio el turno a Luisa. Este mes está siendo una tortura.

Me pregunté si sería un buen tema de conversación decir que había salvado la vida de una persona. Que había impedido que un chico se tirara de la azotea del hospital en el que mamá trabajaba. Que todavía me temblaban las manos y el estómago, y agradecía haber llevado encima un pintalabios para escribir en el cartón, que todavía sentía el abrazo del viento tratando de arrebátarmelo de las manos. Pero tendría que dar muchas más explicaciones. Para empezar, por qué había salido a la azotea. Tendría que contarles que fumaba a escondidas desde los catorce, que siempre subía a la azotea a esas horas porque me encan-

taba estar tranquila, sentirme en la cima del mundo, notar cierto vértigo mientras me echaba un cigarro y vigilaba cuándo venía mamá del hospital para evitar que me pillaran.

No, no me convenía abrir la boca. Y dudaba que les interesara mi hazaña. Ya tenían una hija ejemplar en la familia, no necesitaban dos.

—¿Qué tal has dormido, Samantha?

Mierda, papá también había recordado que yo seguía ahí. Su voz áspera me zarandeó con impaciencia, quizás era la tercera o la cuarta vez que me preguntaba.

—Bien. Habría dormido mejor si no tuviera que madrugar para ir a esas estúpidas clases de pintura. —Me terminé la leche de un trago y me sacudí las migas de los pantalones—. Menuda gilipollez.

—Samantha —me advirtió mi madre—. Esa lengua.

Apreté los dientes.

—Que no hubiera preguntado.

—Me preocupo por ti. —Era irónico: papá volvía a mirar el periódico mientras hablaba—. Has pasado de curso de milagro. O aprovechas las oportunidades que te da la vida o yo no sé qué va a ser de ti, Samantha.

—Pero...

—Mira a tu hermana. Estudiando en Nueva York, como la gente importante. Si quieres ser alguien en la vida, tienes que correr, salir, mostrar iniciativa. Las oportunidades no caen del cielo. —El papel hizo un sonido desagradable cuando pasó de página—. El éxito tampoco.

En eso se reducía todo. En obligarme a luchar por algo que ni siquiera deseaba, sus sueños de segunda mano. ¿A quién querían engañar? A mis padres no les interesaba nada de lo que yo hacía. Aunque sacara una matrícula en matemáticas, viviera en La Moraleja o fuera la primera mujer en pisar la luna, seguirían

prefiriendo a mi hermana Martina. «Muy bien, Sam, pero Martina ganó una olimpiada matemática», «qué bien, cariño, pero preferimos ir a visitar a Martina a su ático, se ven todos los rascacielos desde allí», «genial lo del espacio, pero ¿sabes que tu hermana estuvo a punto de entrevistar a Neil Armstrong?».

Por supuesto, ellos negaban cualquier clase de favoritismo, pero yo lo tenía claro: para mis padres era y seguiría siendo un cero a la izquierda.

—Bueno. —Apoyé las manos sobre la mesa y me levanté soltando un suspiro melodramático—. Voy a mi habitación a prepararme y me marcho. *Las meninas* no se van a pintar solas.

—¡Ese es el espíritu! —me felicitó papá, sin percatarse del tono irónico de mi voz. Mamá sí se dio cuenta, y me observó con el ceño fruncido. Después, cerró los ojos y negó con la cabeza mientras le daba otro sorbo a su té, y a mí se me quitaron las ganas de seguir viéndoles la cara.

Cada vez los toleraba menos.

Cerré la puerta de mi cuarto, por fin sola. Tomé una gran bocanada de aire, me metí el puño en la boca e hice como que gritaba, pero de mi garganta no salió ningún sonido.

Aquel día mi habitación, mi santuario privado, amaneció un poco desordenado. La sudadera que me había puesto para salir a la azotea descansaba en el suelo, junto a otro montón de ropa sucia y cartones de tabaco vacíos. Los guardé todos en la mochila para tirarlos de camino a clase y abrí la ventana para ventilar. Hacía un día radiante. Desde mi habitación se veía el hospital. No tan bien como en la azotea, vivía en un tercer piso, pero era capaz de distinguir el blanco sucio y desgastado de su fachada, el borde rectangular del muro que delimitaba la azotea sobre todas aquellas ventanas con las persianas bajadas. Pensé en ese chico otra vez. ¿Cómo habría llegado hasta allí? ¿Por qué? Luego, cerré la ventana.

Puse un poco de música. *She Will Be Loved*, de Maroon 5. No eran horas, y lo sabía, pero algo vibraba en el aire, y yo sentía que tenía que espantar a ese algo. Le di un par de golpes a la minicadena para que funcionara y giré la rueda del volumen al máximo; solo así se oyeron las primeras notas, y no con la potencia que me hubiera gustado. Estaba ya muy vieja: herencia de Martina. Como el ordenador, el teléfono móvil y toda una colección de zapatos Lelli Kelly a los once años. El peaje de ser la hermana pequeña: todo lo que no le valía a la mayor pasaba a ti, te gustara o no. Cuando se fue a Nueva York, heredé el ordenador y el móvil, con eso no tuve queja. Los zapatos los pinté con rotuladores para ocultar tanto rosa, pero, cuando mamá vio el destrozo, los tiró a la basura. Martina lloró mucho cuando se enteró. No me importó. Eran horribles.

El suelo vibraba bajo mis pies. Fui hasta el armario meneando las caderas y los brazos al ritmo de la música. Abdomen contraído, espalda estirada; todavía recordaba las lecciones de mi profesor de baile para mantener bien el equilibrio. Las puertas del armario eran dos espejos correderos, alargados y con la superficie salpicada por marcas de dedos. Dejé de bailar, saqué una cazadora vaquera corta y froté el espejo con la tela. «Ahora sí», pensé, cuando por fin pude contemplarme sin parecer una versión distorsionada y sucia de mí misma. Aunque tampoco había mucho que destacar. Camiseta básica, vaqueros acampanados y unas Converse de imitación negras. No era capaz de distinguir dónde terminaba la tela blanca de la camiseta y dónde empezaba mi antebrazo; era translúcida, un ente fantasmal. Casi podía ver la luz atravesándome, fundiéndose conmigo y con las flores del papel de la pared.

Solté un resoplido y me arreglé un poco la cara: corrector en las ojeras, polvos marrones en los pómulos para hacer que existieran y un ligero toque de colorete en las mejillas. Sin pasar-

se, para que la profesora no me echara la bronca. «La pintura en el lienzo, no en la cara», me soltó nada más verme el primer día. Me temblaron ligeramente las manos cuando me apliqué el pintalabios rojo: tuve que repasármelo varias veces. No me toqué los ojos: me gustaba su tonalidad verde, apagada. Como un bosque hundido en el atardecer.

My heart is full, and my door's always open. You can come anytime you want, yeah. La voz de Adam Levine ascendió por mi cuarto como un sobresalto, primero era suave y luego lo llenaba todo. Me hice una coleta apretada y aparté la mirada del espejo. «Tengo dieciséis años. Si esta no es la edad para vivir intensamente, entonces ninguna lo es». Cogí mis pendientes de aro favoritos del joyero y me los puse con deliberada lentitud. Era molesto sentir una guitarra dentro de la cabeza por muy bonita que fuera la canción, pero esperé a que terminara antes de apagar la minicadena y salir. Sam I, padres molestosos o.

En el salón, mamá pasaba una bayeta húmeda por la mesa en la que habíamos desayunado. No podía adivinar su expresión, porque estaba algo agachada y tenía la cara tapada por sus cada vez menos abundantes rizos, del color de un trozo de carbón cubierto de vetas blancas. No sabía si estaba enfadada conmigo. Pero papá sí lo estaba, claro que lo estaba. Su boca fruncida en una fina línea, sus ojos pardos muy abiertos y que no parpadeara mientras me miraba deberían infundirme temor; quizás respeto, o la sensación de que había metido la pata. Pero hacía tiempo que mis padres habían dejado de ser una figura de autoridad para mí. Proteger también entraba en el lote, y el suyo parecía haber salido defectuoso. Me limité a mirarlo con indiferencia mientras me ponía la chaqueta, me ajustaba la mochila al hombro y él decía:

—Estás castigada.

Mamá reaccionó a su voz y se cuadró como mi tío Ramón, que

era militar. Cada fibra de su rostro cansado decía: «¿Por qué eres así?». Una frase que me repetía mucho desde que era pequeña, últimamente sin palabras. Y yo no iba a quedarme para averiguar si esa vez las encontraba. Así que pasé entre ambos, muy digna. Sentí sus miradas en el cogote mientras abría la puerta y la oscuridad del rellano me parecía más acogedora que lo que dejaba atrás.

Me di la vuelta, sonreí sin ganas.

—No me esperéis para comer. Ni para cenar —añadí.

La cara de mi padre estaba roja cuando cerré la puerta. Al igual que la de mi futuro, esperaba no tener que abrirla de nuevo.